



LA NIÑA DEL VESTIDO DE FLORES

MANUEL
FONTEMOURA

TRADUCCIÓN DE
GABRIEL ÁLVAREZ MARTÍNEZ

pintinLera

PRÓLOGO

Maruxa L. Airas Fernández

Cuando entré en el grupo de teatro Aneis, de Xinzo de Limia, yo era una niña de diez años nerviosa, parlanchina y con Asperger.

Entré en el aula y conocí a los que ya para siempre serían mis compañeros: Marta, una niña rubia varios meses mayor que yo; Sabela, la mejor amiga de Marta, de pelo castaño y gafas; Mateo, de doce años, un niño franco y decidido; Abril, muy bajita, también rubia, de cara hermosa; Christian, que había venido de Cataluña siendo muy pequeño y era amigo de Brais, de la edad de Abril, un niño alegre y abierto. Y, por último, Carmen y Martín, dos hermanos que ahora viven en Compostela. Todo aquello era nuevo para mí. Hacía ya casi un año que había entrado en otra escuela, pero como no estaba contenta mis padres no se resignaron y me buscaron una nueva. Al llegar a Xinzo de Limia todo era diferente: tenía un aula con sillas para sentarnos, y había grandes ventanas que daban a la calle. En el resto del edificio (incluso al lado de nuestra aula), había otras clases, ya que no era solo un centro de teatro, sino la mismísima Casa de la Cultura.

Tuve la idea de proponerle esta novela a mi maestro en Aneis, Manuel Fontemoura, después de haber visto dos veces la película de Temple Grandin, autista estadounidense nacida en Boston el 9 de agosto de 1947. Como veréis en el noveno capítulo de la novela, Temple tenía cuatro años cuando su madre, Eustacia Cutler, la llevó a un neurólogo porque aún no hablaba y hacía cosas muy raras. Aunque le recomendaron que la metiera en una institución psiquiátrica, Cutler insistió en darle educación formal. Tras haber sido expulsada de su instituto, Temple terminó la secundaria en la Hampshire Country School. A continuación entró en la Universidad Franklin Pierce. Manejó corrales de engorde y mataderos, donde inventó un sistema para que el ganado sufriera menos. Ella suele decir que hay que apoyar y ayudar a las niñas y niños autistas para que descubran sus talentos ocultos. Eso es lo que ha hecho mi familia y la gente que me quiere y me rodea. En su juventud, Temple inventó un aparato, la «máquina de abrazar», que la estrechaba y la acariciaba cuando tenía uno de sus frecuentes ataques de pánico. Se trata de una réplica de la típica «manga de ganado», un aparato que usaba su tía Ann de Arizona y los ganaderos y ganaderas de algunos lugares para mantener a las vacas quietas mientras las vacunaban. Quiero que todo el mundo conozca mi historia, que me apoye y vea los valores que inculco a los demás. Manuel tiene un hijo de quince años con síndrome de Asperger que también nos ha ayudado haciendo un dibujo inspirado en el libro. La gente tiene que darse cuenta de cómo percibimos el mundo, de cómo somos capaces de ver detalles que otra gente pasa por alto, y sobre todo debe aprender a amarnos y respe-

tarnos como los seres inéditos que somos. Esta historia de superación os hará ver cosas abstractas pero imprescindibles en la vida como la solidaridad, la empatía y el respeto. Porque, como bien escribió Vicente Risco, ser diferente es ser existente.

❁ ❁ ❁ CAPÍTULO 1 ❁ ❁ ❁

Mira los dedos y escucha. Es la mejor hora del día, o por lo menos la más tranquila.

«El dragón persigue a Ana y, de repente, aparece un príncipe», lee su padre. «Pero ella no necesita su ayuda, simplemente quiere la espada que él trae en el cinturón para cortarle las siete cabezas al dragón. Cada cabeza tiene siete cuernos y tres ojos y...».

«Espera, espera... Las cabezas son de color rojo, ¿verdad?», interrumpe la niña.

«Bueno... no todas, alguna es azul».

«Supongo que les cortará también las lenguas que le salen de la boca».

«Aún no hemos llegado a esa parte».

«Mira. ¿Qué te parece si continúo yo la historia? ¿Te parece bien?», no espera a la respuesta y sigue ella. «Pues subió la montaña y cogió una piedra y se la tiró al dragón y le dio en uno de los ojos y, como le dolía, intentó frotárselo con una de las zarpas, pero resbaló y se cayó y chocó contra un roble y se murió... Entonces Ana fue hasta el castillo y, antes de nada, se comió un bocata de chorizo y empezó a correr y a gritar que ella no quería casarse con nadie».

Como hace siempre, su padre se levanta y le da un beso. Antes de marcharse, comprueba que la lámpara de pie, la que tiene el dibujo de Mafalda, queda encendida, que la botella llena de agua está sobre la silla.

Coloca el libro de cuentos imposibles en la pequeña balda y sale de la habitación con una sonrisa. Antes de haber cerrado la puerta, se oye desde el pasillo la voz de la madre: «Hasta mañana, mi niña».

La niña se acurruca entre las sábanas. Sabe qué tiene que hacer: visualizar cosas bonitas. Flores, sobre todo margaritas, extendidas por los prados, por los parques, por el monte. Solo las sacaría de un sitio: los cementerios. Le parecen un lugar muy triste. Mueve las piernas y se acuerda de los consejos de su terapeuta de los lunes, María Gabriela: «Cuando estés nerviosa, cierra los ojos e imagina que estás en medio de un embalse, en una barca, oyendo como el agua acaricia las maderas y moja tu vestido blanco».

Junto con el sueño, viene a visitarla un pájaro muy grande. La niña se monta en sus lomos y suben al cielo. Allá abajo queda su casa. En medio del patio está la cama de la niña y en ella hay una muñeca con cara de bruja que le dice adiós agitando una mano de paja. Desde lo alto apenas distingue el castillo de San Martiño, el río Frouxeira, el campo de A Barrela. Las casas del pueblo tienen pies y manos y danzan. ¿Dónde se ha metido toda la gente? El animal desciende a toda velocidad y se introduce en ese maldito agujero que tantas veces han visitado. El esqueleto abre sus huesudos brazos y grita; alguien la mueve. Es Berta, su madre. Se ha terminado la pesadilla. Las dos se abrazan fuerte hasta que a la niña le entra otra vez el sueño, esta vez más calmado.

«Despierta, corazón». Las palabras de su madre son el preludio de las primeras tareas de la mañana: ducharse, desayunar, vestirse, coger el coche y hacer los

diez minutos hasta Baldeira, donde está el colegio de primaria Manola da Caxata. Una escuela de las que denominan «rural», con cerca de sesenta niños y niñas, con algunos cursos juntos en la misma aula, como el de quinto y sexto, donde está la niña. En el cole hacen muchas actividades. Paulo, el director, y otros profes tienen muy buenas ideas. En el recreo, de vez en cuando, organizan juegos tradicionales: la comba, la rana... A la niña lo que más le gusta es cuando vuelven a desayunar todos juntos en el comedor a media mañana. Otras actividades, como plantar una huerta entre todos, le gustan menos.

Hoy toca excursión. Al Terrón, un ecoespacio que está a un kilómetro, más o menos. Van a pie. La niña está muy ufana porque hará de guía para los niños de Infantil. Anoche llovió y no hay nada que soporte menos que sentir que el pantalón se le empapa. ¡Pero no queda más remedio! Atraviesan el gran prado que hay a orillas del río Noraia. Está a rebosar de ovejas de cara negra. La niña le va explicando al alumnado que con la leche de esas ovejas se hace un queso delicioso. También les habla de los caballos y de los árboles que un artista vasco decoró hace tiempo con vivos colores. Les cuenta que algunos árboles son los guardianes de la corriente del río: el sauce, el aliso, el abedul, el roble. Algunos de los chiquillos no se callan y la niña tiene que llamarles la atención: «¡Como sigáis de cháchara, vendrá un sapo y os comerá la lengua!». Lentamente, pisando las piedras, van pasando a la otra orilla del Noraia. La niña imagina por un momento que resbala y se cae. Se acuerda de la primera vez que visitó el Terrón con el cole. Una niña llamada Rocío intentó convencerlos